

Viveca STEN

Círculos cerrados

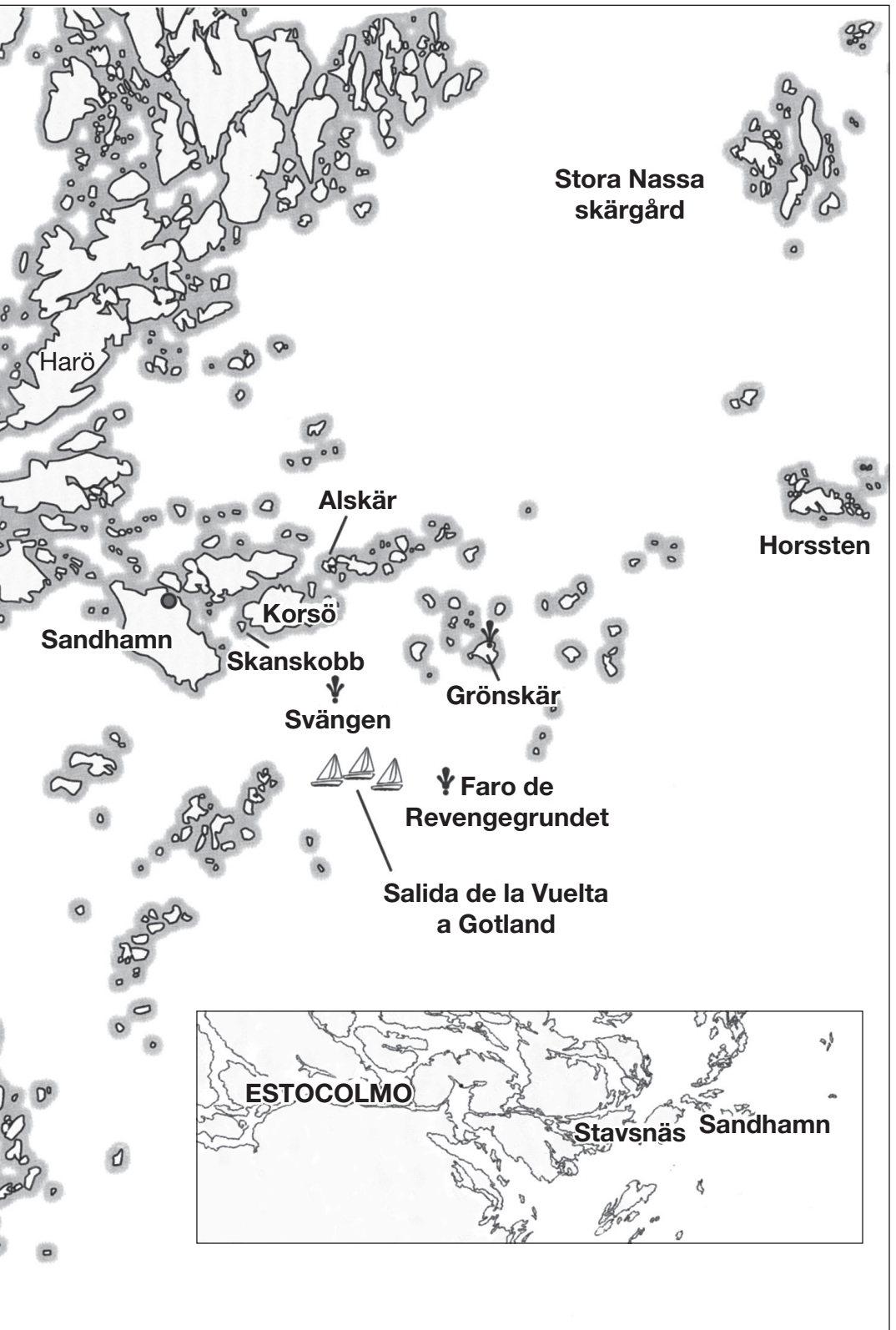
Traducción:

GEMMA PECHARROMÁN MIGUEL



MAEVA







La isla de Sandhamn es un pintoresco enclave del archipiélago de Estocolmo, formado por un conjunto de 24.000 islas, que está situado frente a la capital sueca y que se ha convertido en una zona muy turística. A principios del siglo XVIII, el archipiélago tenía una población de 2.800 personas, en su mayoría pescadores. Hoy, los habitantes del archipiélago, que cuenta con más de 50.000 casas repartidas en las distintas islas, se reparten entre veraneantes y residentes que, en su mayor parte, trabajan en Estocolmo.

Originalmente, la isla se llamaba Sandön, «isla de la Arena», y Sandhamn era el nombre de un asentamiento situado en el noreste.

Las islas que forman el archipiélago son muy populares entre los aficionados a la navegación, y son un escenario ideal para una novela de misterio como *Círculos cerrados*.

1

Domingo

Una voz femenina continuaba lentamente la cuenta atrás en la calle Dieciséis a través del transeptor.

—Diez, nueve, ocho...

El mar era un hervidero de barcos. Los grandes veleros, con velas formidables y cascos relucientes, se concentraban en la línea de salida a un par de millas de la isla de Sandhamn. Fuera de la zona de salida, los espectadores maniobraban con sus barcos para conseguir la mejor posición. Con los prismáticos en la mano, seguían impacientes el espectáculo que se desarrollaba delante de sus ojos.

El barco que daba el pistoletazo de salida, un buque dragaminas prestado por la Marina, se encontraba a estribor de la línea de salida. Las grandes velas se desplegaban como globos para aprovechar la débil brisa al máximo.

Las perspectivas de una regata emocionante eran perfectas.

La voz continuó su cuenta atrás para anunciar la salida.

—Siete, seis...

Los veleros que participaban en la regata maniobraban hábilmente para tomar posición. Era un milagro que no chocaran. A veces, los separaban solo unos decímetros en su lucha por conseguir el mejor sitio, lo más cerca posible de la bandera naranja de barlovento.

—Cinco, cuatro...

Cuando faltaran tres segundos, se daría el pistoletazo de salida. El sonido tardaba unos segundos en escucharse.

El vicepresidente primero del Real Club de Vela de Sandhamn, el abogado Oscar Juliander, estaba de pie, con las piernas abiertas y seguro de sí mismo, al timón de su magnífico velero

Swan, una elegante belleza bautizada con el nombre de *Emerald Gin*. Tenía setenta y un pies de eslora y contaba con una tripulación de quince hombres. Lo había comprado por una pequeña fortuna —más de doce millones— en el astillero de Nautors, en Finlandia.

Oscar Juliander pensaba que valía hasta la última corona. Muy mal se tenían que dar las cosas para que no fuera el primero en cruzar la línea de salida. Ese verano se llevaría a casa una victoria rotunda en la Vuelta a Gotland, costara lo que costase.

Sentía cómo la adrenalina le corría por las venas. ¡Dios, cuánto le gustaba navegar!

Lanzó una rápida ojeada hacia el horizonte y advirtió con satisfacción que el helicóptero de televisión sobrevolaba la zona. Conseguirían unas buenas imágenes cuando el *Emerald Gin* saliera el primero.

Como de costumbre, no tenía nada en contra de aparecer en los medios de comunicación, y estos tampoco tenían nada en contra de sacarlo. Solo se trataba de mantenerse hasta el final en la codiciada primera posición por la que todos competían.

Apretó los puños. Pronto, muy pronto, estarían navegando hacia Gotland.

La espuma del mar se arremolinaba alrededor de la quilla, cuando avanzaban en el agua, a solo unos metros de la línea de salida. No podían cruzarla antes de tiempo, en ese caso se verían obligados a retroceder de nuevo. Una vergüenza que les haría perder unos preciosos minutos decisivos.

Mientras apuraban los últimos segundos de la cuenta atrás, contuvo la respiración. Estaba tan cerca que casi podía tocar la boya.

Tras el pistoletazo de salida, una nube de humo apareció en el cielo y el disparo retumbó sobre la superficie del mar.

El vicepresidente primero del Real Club de Vela, Oscar Juliander cayó lentamente hacia delante. Sus manos soltaron el timón mientras la sangre le salía a borbotones por una herida en el pecho. Sus ojos cegados nunca alcanzaron a ver el inicio de la regata. Antes de que su cuerpo cayera pesadamente al suelo, ya estaba inconsciente.

El disparo que mató a Oscar Juliander coincidió exactamente con el que dio la salida a los participantes.

El *Emerald Gin* cruzó la línea a la cabeza de los barcos de su clase.

—¿Qué hacen? —exclamó el inspector de la Policía judicial Thomas Andreasson.

Se encontraba junto a su mejor amigo de la Policía marítima, Peter Lagerlöf, a bordo de uno de los mejores barcos de la flota de la Policía marítima, un CB90 de combate que tenía casi dieciséis metros de eslora y podía alcanzar los cuarenta nudos.

Thomas había estado al mando del barco durante los años que trabajó en la Unidad Especial de la Policía marítima de Estocolmo. Ahora el capitán era Peter, porque Thomas se había trasladado hacía varios años a la brigada de delitos violentos de la comisaría de Nacka.

Cuando Peter le preguntó si quería ir a ver la salida de la Vuelta a Gotland, no se hizo de rogar. Uno no renunciaba a pasar un día en el mar. Y menos cuando se trataba de la regata marítima más importante del norte de Europa.

Su experto olfato de policía le decía que pasaba algo. Un lujoso Swan 601, que iba en la primera posición de su clase, de repente viró y se quedó fuera de la zona de salida. Una maniobra insólita y extraña, ya que debería mantener el curso recto en dirección a Almagrundet, de camino hacia Gotland.

—Pásame los prismáticos, por favor —dijo, extendiendo la mano.

Se llevó los prismáticos Zeiss negros a los ojos al tiempo que se erguía en toda su estatura, un metro con noventa y cuatro centímetros, para ver mejor.

El Swan había cogido viento de proa justo fuera de la línea de salida. Debería de haber avanzando ya unos cientos de metros por su calle. Sin embargo, se había quedado rezagado, mientras que el resto de las embarcaciones se alejaba a toda velocidad.

En la proa del barco, uno de los miembros de la tripulación agitaba los brazos por encima de la cabeza. La clásica señal de socorro en el mar.

Thomas pudo ver su rostro angustiado a través de la lente. Se le encogió el estómago. Algo grave estaba pasando a bordo.

—¿Ves algo? —preguntó Peter, a la vez que entrecerraba los ojos frente a los intensos reflejos.

—Parece como si hubiera pasado algo en la bañera. Hay varias personas junto al timón. —Thomas se ajustó los prismáticos para ver con mayor nitidez—. Parece —continuó, hablando despacio— que hay alguien que está bocabajo en el suelo y no se mueve. Pero no estoy seguro; la visibilidad es mala.

Peter se volvió rápidamente hacia el policía que estaba al timón.

—Acércate hasta el Swan.

Su compañero hizo una maniobra hábil y viró hacia el velero.

—¡El capitán ha recibido un disparo! —gritó el joven de la cubierta cuando se acercaron a él, mientras hacía aspavientos con ambas manos—. ¡Joder, alguien nos ha disparado!

Hizo una pausa, como si acabara de darse cuenta de que podrían recibir más tiros. Asustado, se agachó y se pegó todo lo que pudo contra el palo mayor. Sus ojos abiertos de par en par transmitían miedo y confusión.

Thomas miró a su alrededor sin saber realmente lo que estaba buscando. Era imposible distinguir una amenaza en el hervidero de barcos que se apiñaban en el mar.

La gran multitud de espectadores parecía no haber advertido lo ocurrido. La mayoría estaban ocupados siguiendo los veleros que se alejaban. Los reflejos del sol danzaban sobre la superficie del agua y, tras ellos, se alzaba el gran dragaminas que había dado la salida. A lo lejos se vislumbraba el contorno de Sandhamn y la torre de Korsö.

Thomas era consciente de la gravedad de lo sucedido. Se había cometido un asesinato delante de sus narices, ante cientos de espectadores y participantes, en uno de los principales eventos deportivos del país. Aquello se convertiría en un caos mediático sin precedentes.

Un yate enorme, un Storebro 500, se acercaba al lugar. Sus casi diecisiete metros de eslora se repartían en una construcción de varios pisos. La caoba finamente pulida del casco relucía. En la parte superior, un gran puente de mando exterior desde el cual se podía pilotar el barco.

A través de la bruma provocada por el intenso bochorno, Thomas pudo distinguir a un grupo de hombres y mujeres que los miraban. Un hombre de mediana edad con la gorra de capitán y el emblema del Real Club de Vela de Sandhamn llevaba el timón. Cuando se encontraban a diez metros del barco de la Policía, el hombre se inclinó hacia delante.

—¿Ha pasado algo? —gritó.

—Mantenga la distancia —respondió Peter también a gritos.

No era fácil maniobrar sin acercarse demasiado al Swan ni chocar con el yate. Una colisión en esas circunstancias era lo que les faltaba.

—Llevamos a bordo a la esposa de Juliander. ¿Qué le ha ocurrido a su marido?

Un hombre de unos cincuenta años, con el pelo plateado y gafas de sol, se puso de pie en el puesto de mando del velero. Parecía aturdido e impresionado, como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de ver. En la camisa blanca tenía salpicaduras de algo rojo.

—¡Alguien ha disparado a Oscar! —gritó el hombre que llevaba la gorra de capitán—. Oscar ha muerto.

A lo lejos, Thomas observó que una mujer de cabello castaño claro se llevaba las manos a la cara antes de desaparecer de su vista. Después, el ruido del helicóptero de la televisión ahogó cualquier intento de comunicación.

Nora Linde puso la mano en la manija de hierro fundido y la presionó con cuidado hacia abajo. La antigua verja blanca respondió inmediatamente y se abrió hacia el hermoso, aunque algo descuidado, jardín.

Se detuvo en las escaleras que subían hasta la puerta de Villa Brandska, la casa más bonita de Sandhamn. Se alzaba en lo alto de Kvarnberget, justo delante de la bocana del puerto, con vistas a toda la bahía. Fuera, en el estrecho, se veía uno de los *ferries* blancos de la compañía Waxholm entrando en el antiguo muelle. Repleto de turistas, claro, pues era temporada alta. Nora pudo ver a los pasajeros expectantes, que, apoyados en la borda, miraban hacia Sandhamn.

Su cabello rubio se agitaba con la brisa ligera. Le había crecido durante el invierno y ahora le llegaba a los hombros. Con un gesto rutinario, se lo recogió en una cola de caballo. De lejos parecía una adolescente, con su figura juvenil y sus largas piernas bronceadas. Solo cuando uno se acercaba, advertía que era una mujer adulta madre de dos hijos.

Acababa de cumplir treinta y nueve años y algunas arrugas se dibujaban alrededor de sus ojos. Entre la melena pelirroja se veía alguna que otra cana, y las pecas de su nariz chata daban cuenta del sol estival. Bajo sus ojos grises se distinguían unas profundas ojeras. Se había pasado todo el día apesadumbrada por culpa de su mal humor. Había despachado a Henrik con cajas destempladas y les había gritado a los niños. Al final, Simon, que solo tenía siete años, le preguntó si estaba tan enfadada porque alguien había sido malo con ella. Adam, que estaba a su lado, asintió con la cabeza.

Eso le dolió.

Respiró profundamente y se prometió a sí misma no dejarse influir de aquella manera. O, al menos, no descargar la tensión con su familia.

Ya se había repuesto de la sorpresa de que Signe Brand, una especie de segunda madre para ella, le hubiera legado Villa Brandska. Pero la tristeza y el dolor por lo que Signe había hecho seguían vivos. El verano anterior se descubrió que había matado a su sobrino y a la prima de este después de que le exigieran su parte de la gran casa. La propia Nora estuvo a punto de morir de un *shock* insulínico cuando Signe, sin ser consciente del peligro que corría, la encerró en el faro de Grönskär. Si Thomas, su mejor amigo, y Henrik, su marido, no la hubieran encontrado en el último segundo, ella también habría perdido la vida. Nora se estremeció. Respiró profundamente y trató de serenarse. El nudo del estómago no quería ceder, pero había llegado el momento de entrar. Tenía que decidir qué iba a hacer con la casa, y aquel era un día tan bueno como cualquier otro.

Subió con paso lento los pocos escalones e introdujo la llave en la cerradura, que se resistió un poco; nada inusual en una casa tan antigua. Cuando la puerta se abrió apareció ante ella la imagen familiar de una casa que Nora había visitado desde la infancia. La amplia entrada que conducía al gran comedor con vistas al mar estaba tan cerca que uno podía sentir el olor. Las soberbias cortinas antiguas de encaje enmarcaban los altos ventanales, y en una esquina destacaba la enorme chimenea de cerámica. Los azulejos, de color verde oscuro, estaban decorados con guirnaldas doradas.

Al lado del comedor, se encontraba la sala con la galería acristalada con parteluces en la que se disponían unos antiguos sofás. Allí fue donde encontraron a Signe poco antes de que muriera, tras ingerir morfina mezclada con una gran dosis de analgésicos.

La casa estaba completamente en silencio. Demasiado silenciosa. Nora cayó en la cuenta de qué era lo que fallaba. El viejo reloj de pared Mora del comedor se había parado. Signe siempre tuvo buen cuidado de dar cuerda al reloj del siglo XIX de su abuelo Alarik Brand.

Nora se acercó al aparador gris que había en una esquina y sacó la llave. Sabía muy bien dónde la guardaba Signe. En la parte de arriba, en el cajón de la izquierda. Abrió con cuidado el cristal del reloj y le dio cuerda. El familiar tictac le hizo sonreír al tiempo que los ojos se le inundaban de lágrimas. Parpadeó rápidamente para evitarlas. Tenía que ser capaz de hacerlo.

El día anterior por la noche, Henrik y ella estuvieron a punto de tener una discusión. Él pensaba que tenían que poner en venta Villa Brandska, debían vender la casa lo antes posible para que pudieran seguir adelante. Estaban hablando en la cama; los niños hacía tiempo que se habían dormido. Ella lo escuchaba atentamente. La luz de la lámpara de noche formaba sombras alargadas sobre el papel pintado con motivos azules. Las dos ventanas estaban abiertas de par en par a causa del calor, pero, de todos modos, en el dormitorio no entraba una pizca de aire.

El hermoso rostro de Henrik estaba serio y su mirada de ojos marrones, circunspecta. Al observarlo, Nora se dio cuenta de lo atractivo que seguía siendo su marido. El fuerte cabello oscuro con alguna que otra cana no había empezado a clarear como les ocurría a muchos de sus conocidos. La raya al medio favorecía sus rasgos marcados. A Nora aún le sorprendía que un hombre tan guapo y extrovertido como Henrik se hubiera fijado en ella.

Nora era bastante más tímida y reservada. En las relaciones sociales, no tenía tanta confianza en sí misma como él, y admiraba la capacidad de Henrik para encontrarse cómodo en cualquier situación. Siempre acababa siendo el centro de la reunión, mientras que ella solía conformarse con escuchar las animadas discusiones. Pero le gustaba estar junto a él y ver cómo sus amigos se reían con sus chistes y sus comentarios ingeniosos.

Mientras Henrik hablaba, Nora deslizó los dedos por su brazo. Aspiró su olor bien conocido desde hacía quince años.

«Te estabas muriendo, Nora», dijo él en ese momento. «Si no hubiéramos entrado en el faro, no te habrías recuperado. Podrías haber sufrido graves daños cerebrales. ¿Cómo puedes querer vivir en su casa después de algo así?»

Si fuera tan fácil, pensó Nora, y lanzó un suspiro.

Salió del comedor y subió la escalera. Cuatro amplios dormitorios ocupaban casi todo el piso superior. El que en un principio era el quinto dormitorio se convirtió pronto en un cuarto de baño con una gran bañera con garras de león.

Como Signe había vivido sola en la casa durante mucho tiempo, únicamente había utilizado el dormitorio que daba al sur. Los demás habían estado desocupados desde que Nora tenía memoria y aún conservaban los muebles originales de principios del siglo xx, de cuando Signe era niña. Eran muebles antiguos y voluminosos, pero encajaban bien en ese ambiente. Muchos estaban hechos a mano y eran auténticas obras de arte.

En uno de los dormitorios había un soberbio sofá cama plegable de estilo antiguo, con madera tallada y tapicería de terciopelo negro. Signe le había contado que su hermano una vez estuvo a punto de asfixiarse, cuando se acostó allí una noche y, por algún motivo, el sofá se cerró accidentalmente. En el último minuto, su madre había oído los gritos aterrados del niño y acudió corriendo. Después de aquello, Helge se negó a dormir en el sofá cama. Toda la familia tuvo que viajar a Gustavsberg para comprarle una cama nueva.

Nora se detuvo delante de un retrato de los padres de Signe. Miraban serios a la cámara. La madre vestía completamente de negro y estaba sentada en un sillón. El padre, de pie detrás de ella, mostraba un gesto autoritario. Al fondo se veía la hermosa estufa del comedor.

Ahora ya no pudo contener las lágrimas. La idea de que Signe estaba muerta era insoportable, al igual que la causa de su muerte.

La ausencia cayó sobre su pecho como una losa. Tenía que decidir qué iba a hacer con aquella casa. Había llegado el momento de tomar una decisión.

—La salida de la Vuelta a Gotland ha estado marcada por el asesinato de uno de los participantes, el abogado Oscar Juliander, que era además vicepresidente del Real Club de Vela de Sandhamn.

El presentador de televisión describió con voz tranquila lo que había ocurrido mientras, de fondo, se veían imágenes del mar espumoso surcado por los veleros que se dirigían a Gotland.

—Oscar Juliander era un socio de renombre del bufete de abogados *Abvokatbyrån Kalling*, uno de los mayores de Suecia. Durante muchos años de profesión había adquirido un gran prestigio y era uno de los administradores concursales más solicitados.

En la imagen apareció el primer plano de un hombre de unos sesenta años que, con gesto grave, miraba fijamente a la cámara a través de sus gafas de sol. Llevaba un polo azul oscuro de piqué. Su frente enrojecida y brillante revelaba que había estado en el mar bajo el sol abrasador.

—Estamos conmocionados, naturalmente —dijo el hombre, que, según el texto que apareció en el recuadro inferior de la pantalla, era el presidente del Real Club de Vela, Hans Rosensjö—. En este momento tan difícil, nuestros pensamientos se dirigen en primer lugar a su esposa, Sylvia, y a sus hijos.

—¿Qué puede decirnos del finado? —preguntó el reportero, acercándole peligrosamente el micrófono cerca de la nariz.

Hans Rosensjö pareció ofendido, como si considerara inapropiada la pregunta.

—Oscar era un auténtico regatista y un compañero muy querido. En el Real Club de Vela lamentamos que ya no esté entre nosotros.

—¿Tiene alguna idea de quién puede estar detrás de su asesinato? —continuó el reportero.

—Debe ser la Policía quien responda a esa pregunta —contestó Rosensjö, queriendo dar a entender que daba por terminada la conversación. Dio un paso hacia atrás como si tratara de excusarse.

—¿Van a suspender ahora la regata? —preguntó el reportero en tono exaltado—. ¿Piensan continuar con la competición en estas circunstancias, cuando saben que hay un asesino suelto en el mar?

—La competición seguirá según lo previsto. Eso es lo que habría querido Oscar. Por lo demás, realmente no tengo nada más que decir —zanjó Hans Rosensjö sin tratar de ocultar su irritación.

El periodista señaló el puerto donde las lanchas motoras y los veleros estaban atracados los unos junto a los otros a lo largo de los muelles.

—Aquí, en medio del paradisíaco archipiélago, los socios y otros regatistas se preguntan si continuar navegando supone un riesgo para sus vidas. La Policía no ha dado aún ninguna explicación posible sobre la causa de la muerte, pero la isla de Sandhamn está conmocionada y las especulaciones van en aumento.

La cámara se deslizó sobre la superficie del agua y se detuvo un instante en Lökholmen, la gran instalación portuaria frente a Sandhamn. A la izquierda se vislumbraba el islote de Telegrafholmen, que enmarcaba el puerto y creaba un espacio al abrigo del viento que daba fama a la capital del deporte de la vela. Luego se desplazó y enfocó el velero Swan de Oscar Juliander, que se encontraba solo, a lo lejos, junto a uno de los pontones. El casco verde relucía bajo los rayos del sol. Parecía abandonado a la deriva, como un caballo de carreras olvidado en las cuadras cuando la carrera estaba a punto de comenzar.

La Policía había acordonado con cinta blanquiazul el último tramo del muelle. PROHIBIDO EL ACCESO, decía en un cartel rojo y amarillo con mención explícita al artículo que prohibía acercarse a los curiosos. A lo lejos se vislumbraba un barco de la Policía que se mecía suavemente sobre las olas.

Con una imagen panorámica final del edificio de madera de color rojo Falun, sede del Real Club de Vela, en el que las banderas ondeaban a media asta, terminó la conexión.

—¿Has oído, Ingmar? —preguntó Isabelle von Hahne a su marido, apartando la mirada de la pantalla del televisor en su suite del hotel Seglar—. Esto no le ha salido tan bien al bueno de Hans. Este viejo carca necesitaría hacer unas pocas prácticas en los medios de comunicación.

Lanzó una mirada distraída afuera, a través de la puerta del balcón, antes de apagar el televisor con el mando a distancia. Como de costumbre, su cabello rubio lucía un corte paje perfecto en el que unas discretas mechuras más claras se entrelazaban de forma muy favorecedora. En el dedo meñique de la mano izquierda llevaba su sello en oro y azul con el escudo de armas símbolo de la noble familia báltica. Observó de pasada que hacía falta limpiarlo. Su alianza de boda, con un diamante, necesitaba también un repaso. Luego se encogió de hombros e inquieta empezó a hojear una revista.

Ingmar von Hahne negó con la cabeza.

—¿Qué esperas en un día como este? Después de un suceso así. —Se acercó al minibar y sacó una botellita de whisky.

—¿Tienes que beber ahora? —preguntó Isabelle haciendo una mueca.

Ingmar miró a la mujer que era su esposa desde hacía más de treinta años, pero eludió contestar a su pregunta retórica.

—Esta tarde a última hora vamos a tener una reunión extraordinaria de la junta —comentó—. Hans me ha pedido que haga una ronda de llamadas para comunicárselo al mayor número posible de miembros. Tenemos que sacar un comunicado de prensa y hablar de cómo debemos tratar esta trágica situación.

—¿No tiene una secretaria que pueda hacerlo?

—Soy el secretario de la junta —recordó Ingmar a su esposa—. Este es uno de los cometidos que incluye mi cargo. Sobre todo, en una situación de crisis como esta.

Abrió la botellita de whisky y vació el contenido en un vaso.

—Nos reuniremos a las ocho. En la sala de socios. Tendrás que cenar sola, pero, de todos modos, esta noche yo no habría sido una compañía agradable. Quizá puedas cenar con Britta.

Isabelle suspiró y encendió de nuevo el televisor con gesto malhumorado.

—Britta Rosensjö de lo único que quiere hablar es de sus nietos.

Ingmar dio un trago al whisky.

—A propósito, ¿ha hablado alguien con Sylvia desde que volvió a la isla? —preguntó.

—Que yo sepa, no —contestó su marido, tras negar primero con la cabeza—. Pero supongo que Hans se habrá ocupado de que le dieran algún tranquilizante. Él iba a llamar a los hijos. Seguro que estarán de camino, si es que no han llegado ya.

—Te referirás a los conocidos —murmuró Isabelle.

Ingmar le lanzó una mirada rápida.

—Sé que Oscar no era santo de tu devoción, pero tampoco se merecía esto.

Recordó a su amigo la última vez que hablaron. Había sido el día anterior, en la reunión de patronos de los veleros, que tuvo lugar el sábado por la tarde, a las ocho. Entonces se reunieron todos los regatistas para hacer el último repaso de las condiciones de la competición. Oscar estaba de pie en el muelle grande, junto al asta de las banderas, con una amplia sonrisa en los labios y tan bronceado como de costumbre. Su cabello, de un rubio intenso, que aún no se había vuelto del todo gris, estaba descolorido por el sol, al igual que sus pantalones cortos de vela, que habían pasado del rojo intenso original a un rosa claro. Se encontraba de muy buen humor. Brioso y enérgico. Había bromeado y reído con la tripulación.

Ingmar von Hahne se acercó de nuevo al minibar.

—**N**ora, ¿has oído lo que ha pasado?

Henrik entró por la puerta principal con el gesto alterado. Nora se había quedado dormida en el sofá. La inquietud tras su visita a la casa de Signe la había dejado agotada.

Ella lo miró medio dormida.

—¿Qué dices?

—Alguien ha disparado a Oscar Juliander.

—¿Qué?

—El abogado, el vicepresidente del Club de Vela. Lo han asesinado justo cuando dieron el pistoletazo de salida.

—¿De verdad?

—¿Te acuerdas que ayer estuvimos mirando su barco? *Emerald Gin*, se llama. Era el Swan que estaba amarrado en el muelle grande del puerto.

—¿El verde?

—Sí, ese.

Nora pensó inmediatamente en los sucesos del verano anterior. Otro asesinato en Sandhamn. Se le hizo un nudo en el estómago. No quería que lo que decía Henrik fuera cierto.

—¿Estás seguro?

—Sí. Ha salido en las noticias. —Alcanzó el mando a distancia y encendió el teletexto—. Mira, ¿lo ves?

Las letras verdes que brillaban sobre el fondo negro describían fríamente lo que había sucedido durante el día.

Nora sintió que las lágrimas le nublaban la vista. Todos los recuerdos terribles cayeron sobre ella.

—¡Joder, qué historia! —continuó Henrik sin darse cuenta de la reacción de Nora. Sacó el teléfono—. Tengo que llamar a mis padres. La casa de veraneo que tiene Juliander en Ingarö está muy cerca de la suya.

Desapareció en la cocina y Nora oyó que empezaba a hablar.

Ella se volvió a hundir en el sofá. No quería creer que fuera cierto.

—¿Qué le pasa a la gente de esa isla?

Göran Persson, el jefe de la Policía judicial de la comisaría de Nacka, más conocido como el Viejo, no pudo contener su irritación.

Eran las seis y media de la tarde del domingo, y Thomas había vuelto a la capital. Lo acompañaban sus dos colegas más jóvenes, Kalle Lidwall y Erik Blom, que habían sido convocados apresuradamente a la reunión. A su lado se sentaba Carina Persson, la hija del Viejo, que durante los dos últimos años había trabajado de auxiliar administrativa mientras se preparaba para entrar en la Escuela Superior de Policía. En otoño, por fin, podría empezar.

—El verano pasado tuvimos a una vieja loca que mató gente a diestro y siniestro por una vieja casa. Este verano disparan al patrón de un velero en alta mar. Los periodistas están enloquecidos. ¿Tenéis idea de cuántos han llamado ya?

El Viejo tenía la cara roja y la frente sudorosa. Su cuerpo imponente se desparramaba fuera de la silla. A lo lejos retumbaban los truenos y el cielo estaba cubierto de nubes de color plomizo que se habían acumulado y reemplazado al tiempo soleado.

—Otro verano que se va a ir a la mierda porque algún hijo de puta de gatillo fácil no puede mantener los dedos bajo control.

Que yo sepa, no fue tu verano el que se fue a la mierda, pensó malhumorada la inspectora de la Policía judicial Margit Grankvist mientras tomaba un sorbo del café, con sabor a posos, que acababa de sacar de la máquina.

Aún mantenía fresco en la memoria el recuerdo de sus fracasadas vacaciones del verano anterior, cuando se vio obligada

a abandonar a su marido y a sus dos hijas adolescentes en la Costa Oeste para incorporarse a la investigación de los asesinatos de Sandhamn.

Como de los escarmentados salen los avisados, este año había alquilado una casa en Djurö, a tres cuartos de hora en coche de la comisaría. El hecho de que sus hijas se alejaran de la pandilla de moteros que habían conocido en el sur, en Halland, también contribuyó, en cierta medida, a que tomara esa decisión.

Después de tres semanas de vacaciones, lucía un bronceado saludable que dulcificaba los afilados rasgos de su rostro, en el que muchos años de trabajo policial y de horarios intempestivos habían dejado huella. Sus ojos profundos se mantenían siempre vigilantes. No se podía decir que fuera mérito del Viejo el que este verano ella hubiera planeado mejor sus vacaciones.

—Thomas, tú estabas en el escenario del crimen. ¿Qué puedes contarnos? —preguntó el Viejo.

Thomas levantó la vista de sus notas y miró a su alrededor.

Él también estaba moreno y el cabello de las sienes se le había puesto de un rubio casi blanco. Alrededor de los ojos se apreciaban unas arrugas más claras que contrastaban con el bronceado. Llevaba una camisa de color azul claro con las mangas reman-gadas y unos pantalones vaqueros en los que, tras años de uso, la cartera había desgastado la tela del bolsillo trasero.

Aunque el asesinato había transformado un día de descanso en el mar en un día de intenso trabajo policial, parecía fresco y descansado.

Thomas se enderezó y trató de resumir lo que había ocurrido.

Antes de que hubieran arrastrado el Swan hasta el puerto y hubieran llamado a un médico y a los técnicos de la Policía, había pasado la mitad del día. Finalmente, el cuerpo de Oscar Juliander fue trasladado al Departamento de Medicina Forense de Solna para que le practicasen la autopsia. El barco seguía en el puerto de Sandhamn. Iban a retenerlo y a remolcarlo hasta el astillero de la Policía, donde llevarían a cabo una inspección más detallada que la que habían podido realizar *in situ*.

A Thomas y a Peter les habían habilitado una sala de conferencias en el hotel, y ya habían iniciado unos breves interrogatorios preliminares con los testigos que se encontraban a bordo del *Emerald Gin*.

—Parece que nadie vio ni oyó gran cosa. Según Fredrik Winbergh, el tripulante que se encontraba al lado de Juliander, todo ocurrió muy deprisa. En aquel instante, estaban concentrados en ganar la posición de salida y un segundo después la víctima cayó al suelo.

—¿Pudo ser Winbergh el asesino? —preguntó Margit.

—En este momento no podemos descartar nada —dijo Thomas—. Pero había más de quince personas a bordo y algunas estaban cerca del puente de mando en el momento de la salida.

—Entonces, es poco probable que alguno de ellos sacara una pistola y disparara delante de todos —respondió Margit a su propia pregunta.

—Habría sido más inteligente esperar un turno de noche, o a que llegaran a tierra —intervino Erik—. ¿Para qué tomarse una molestia innecesaria?

—Hemos recogido la ropa de los miembros de la tripulación para buscar restos de pólvora u otros restos del arma con la que se disparó a corta distancia —explicó Thomas.

—¿Cuál es la alternativa? —dijo Margit—. ¿Que el autor del disparo se encontrara a bordo de otro barco? ¿Alguno de los rivales, quizá?

Thomas asintió.

—En ese caso, tiene que ser como buscar una aguja en un pajar.

Thomas no tenía ninguna objeción que hacer al comentario de Margit. Había sido materialmente imposible controlar los cientos de barcos que se encontraban en la zona. El agresor podría haber disparado desde cualquiera de ellos.

Volvió a mirar su bloc de notas.

—Al principio, Winbergh creyó que Juliander había sufrido un infarto —continuó Thomas—. Eso fue lo primero que pensó hasta que vio la sangre en el pecho. Pero ni siquiera entonces comprendió realmente que le habían disparado.

—¿Qué pasó con los barcos de los espectadores? —preguntó Margit— ¿Alguien vio algo?

Thomas negó con un gesto.

—Directamente, no. Hablamos un momento con los testigos de un Storebro en el que iba gran parte de los miembros del Club de Vela de Sandhamn. Se encontraban cerca de la línea de salida cuando dispararon a Juliander. Mañana los interrogaremos a fondo, hoy no hemos tenido tiempo. —Leyó sus anotaciones—. Sylvia, su mujer, iba en ese barco. Sufrió una conmoción tan fuerte que fue imposible interrogarla. También estaban allí un tal Hans Rosensjöo y su esposa.

—¿No es el presidente del Club de Vela? —dijo el Viejo.

—Exacto. Es director de un banco. Su mujer se llama Britta. Dice que en el momento de la salida estaba más pendiente de la posición de las velas que de lo que pasaba en la bañera del velero de Juliander.

—¿Quiénes más iban a bordo? —preguntó Margit.

—Vamos a ver —dijo Thomas—. Otro matrimonio, Ingmar e Isabelle von Hahne.

—*La crème de la crème*, claro —murmuró el Viejo entre dientes.

—El dueño del Storebro se llama Axel Bjärring y es médico —continuó Thomas, que no quería que lo interrumpieran—. Su esposa también, se llama Lena. Fue ella quien subió a bordo del Swan y constató que Juliander estaba muerto. Su hija adolescente también iba con ellos. A juzgar por las copas de vino que había sobre la mesa, no estaba completamente sobrio ninguno.

—¿Qué sabemos acerca de la víctima? —preguntó Margit—. Yo lo he visto en la televisión varias veces. Era bastante conocido.

—Era el favorito en la competición —aclaró Thomas—. El tipo había participado en más de quince ediciones de la Vuelta a Gotland, según Winbergh. Este año competía con un Swan nuevo, construido en Finlandia, lo había apostado todo para ganar. Era un pez gordo en el Club de Vela de Sandhamn, y un gran practicante de la vela.

—¿Algún enemigo? —preguntó Erik.

–Un abogado de tanto renombre debe de haberse buscado enemigos –contestó Thomas–. La cuestión es averiguar si alguno de ellos está detrás de esto.

–De todos modos, no es muy normal que asesinen a los abogados –comentó Margit–. Y, dicho sea de paso, esta ha sido una forma espectacular de hacerlo. Endiabladamente llamativa.

Kalle, que no había dicho nada hasta entonces, asintió.

–¿Hay algún móvil evidente? –preguntó el Viejo.

Thomas negó con la cabeza. La investigación apenas se había puesto en marcha, pero siempre se podía especular.

–Amor, odio o dinero –murmuró Margit.

–¿Qué se ha sabido de la autopsia? –preguntó el Viejo.

–Nos han dado prioridad –contestó Margit, con un asomo de satisfacción en la voz–. Quizá les dé tiempo a hacerla el martes.

Lanzó una mirada a Thomas, que asintió agradecido. Comprendía que Margit debía de haber insistido mucho para que fuera tan rápida.

Desde la investigación de los asesinatos del verano anterior, Thomas y Margit se habían convertido en una especie de tándem. Se habían conocido a un nivel más personal y habían descubierto que se complementaban bien en la ardua tarea que implica una investigación policial.

Thomas la escuchaba con paciencia cuando se quejaba de sus dos hijas adolescentes y de sus constantes discusiones. A cambio, Margit lo controlaba para impedir que se excediera trabajando demasiadas horas.

–Tan pronto como la esposa de Juliander se haya recuperado del choque emocional, hablaremos con ella –dijo Thomas–. Tenemos que interrogar a sus colegas del bufete de abogados, claro, y a la dirección del Club de Vela. Todos ellos están en Sandhamn, puesto que se está disputando la Vuelta a Gotland, por lo que saldremos hacia allá mañana temprano. –Se volvió hacia Carina–. Llama a la SVT, y pídeles que nos envíen la grabación desde el principio de la salida. Tal vez pueda aportar algo.

–Por supuesto, en cuanto hayamos terminado aquí.

El Viejo parecía pensativo, como si acabara de tomar una decisión.

—Estoy pensando que le voy a pedir un portavoz de prensa al delegado de la Policía provincial. Necesitamos a alguien que sepa manejar a los medios de comunicación, de lo contrario no nos dejarán trabajar en paz. Este es un caso mediático, solo quiero que lo entendáis.

Nadie hizo ninguna objeción. Todos recordaron la desagradable sensación del verano anterior, y los titulares de los periódicos, que ya pregonaban la noticia a bombo y platillo, confirmaban lo acertado de la decisión del Viejo.

—¿La Policía Nacional? —preguntó Margit—. ¿Vamos a pedir ayuda?

—De momento, lo mantendremos en familia. —La respuesta del Viejo fue escueta—. Entonces vamos a hacerlo así —continuó—. Margit y Thomas, seréis los responsables de la investigación. Margit mantendrá el contacto con el fiscal. Aún no sé a quién le caerá el caso. Kalle y Erik os ayudarán; funcionaron muy bien el verano pasado.

Después miró a Margit y a Thomas y sonrió con lo que pareció una sonrisa irónica.

—¿Supongo que no tendréis nada en contra de volver a retrasar este año también las vacaciones? Toca otra estancia estival en la exclusiva isla de Sandhamn.

Margit, a quien aparte de las tres semanas de vacaciones en Suecia, la esperaba un viaje a las islas Canarias a finales de agosto, le devolvió una sonrisa llena de indiferencia.